



NETFLIX

UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX

THE
CROWN

VOLUMEN 2

LA HISTORIA CONTINÚA

ROBERT LACEY

LIBROS CÚPULA

THE
C R O W N

VOLUMEN 2

LA HISTORIA CONTINÚA

ROBERT LACEY

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en inglés por Blink Publishing,
un sello de Bonnier Books UK Limited.

© Left Bank Pictures (Television) Limited, 2019
© del texto: Robert Lacey, 2019
© de la traducción: Eva Raventós, 2021
Poema en la pág. 225 © John Betjeman, 1977,
reproducido con el permiso de Aitken Alexander Associates Ltd.

Robert Lacey reivindica el derecho moral
a ser identificado como el autor de este libro.

Primera edición: marzo de 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2811-4
Depósito legal: B. 17.798-2020

Impresor: Liberdúplex
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo, por Peter Morgan	7
Prefacio: Canal de Suez, escándalo, socialismo y tragedia en Aberfan	9
1. Infortunio	15
2. Una tripulación de hombres	27
3. Lisboa	37
4. Beryl	47
5. Marionetas	57
6. «Vergangenheit»	67
7. Matrimonium	77
8. Estimada señora Kennedy	89
9. Paterfamilias	99
10. Hombre misterioso	109
11. Olding	121
12. Margaritología	133
13. Aberfan	143
14. Bubbikins	153
15. El golpe	163
16. Tywysog Cymru (Príncipe de Gales)	175

17. Polvo lunar	185
18. «El hombre en suspenso»	195
19. Embrollo	203
20. Grito desesperado	215
Notas	227
Bibliografía	249
Agradecimientos	273
Índice onomástico	275
Créditos de las fotografías	287

CAPÍTULO 1

INFORTUNIO

JULIO-NOVIEMBRE DE 1956

«**C**reo que estamos de acuerdo —escupe una Isabel II enfadada y herida, mirando fríamente a su marido— en que esto no puede seguir así.»¹

La temporada 2 de *The Crown* empieza durante una noche de tormenta a bordo del yate real *Britannia*, anclado en las agitadas aguas del Atlántico Norte a la altura de Setúbal, la ciudad portuaria y puerto pesquero portugués, situada al sur de Lisboa. Estamos en febrero de 1957, y una multitud de reporteros británicos y fotógrafos de prensa se congrega en el muelle, con sus nuevos e indiscretos teleobjetivos apuntando hacia el barco atracado en las aguas.

Los objetivos de los disparos de los medios de comunicación son la reina Isabel II, de treinta años, recién llegada de Londres, y su marido Philip, de treinta y cinco, que acaba de llegar a Portugal después de una gira de cuatro meses por la Commonwealth británica, mayormente en el hemisferio sur, donde, entre muchos otros compromisos, ha inaugurado los Juegos Olímpicos de Melbourne en representación de su esposa. El plan posterior de Philip era navegar serenamente hasta casa, parando en varias dependencias británicas aisladas y poco visitadas —las islas Malvinas (Falkland Islands), Santa Elena y Ascensión, por ejemplo—, y a la vez disfrutar también de cerca de un mes de compañerismo de los puestos de mando navales que había tenido que dejar de lado cuando pasó a formar parte de la Familia Real.

Pero ahora los planes han cambiado. De repente, la antes respetuosa prensa británica se ha centrado en las historias sobre problemas en el matri-

monio real —«Intensas especulaciones sobre la relación entre Su Majestad la Reina y el duque de Edimburgo»², reza una noticia de última hora de Reuters de la época—, con rumores de infidelidad y preguntas como por qué la «pareja ejemplar» de Gran Bretaña habría decidido pasar más de un tercio del año separada. Así que, para acallar los rumores, el Palacio de Buckingham ha decidido adelantar el calendario de la visita de Estado a Portugal, planeada hace mucho tiempo, para que se reúna antes con su esposo, en una sólida muestra de armonía marital.»³

Sin embargo, entre bastidores, en su camarote de lujo del *Britannia*, asistimos a una conversación privada que es beligerante. «Los acontecimientos de la semana pasada... —empieza Isabel, refiriéndose a los titulares malintencionados e insinuantes—. Las revelaciones... han sido demasiado inquietantes. Demasiado dolorosas.»

Philip abre la boca para protestar, y luego mira a través del ojo de buey hacia el muelle, donde están llegando cada vez más reporteros y fotógrafos.

«He pensado —dice su esposa— que podríamos aprovechar esta oportunidad de pasar veinticuatro horas juntos, sin niños, sin distracciones, para poner las cartas sobre la mesa y hablar (...)»⁴

Las tensiones entre Isabel II y su marido son el tema personal protagonista de la segunda temporada de *The Crown*. El matrimonio Mountbatten-Windsor era el más escudriñado del mundo hasta el fenómeno «Camelot» del presidente de Estados Unidos John F. Kennedy y su mujer Jacqueline Bouvier en 1961, que veremos brevemente cuando los Kennedy llegan a Londres en una visita en el episodio 8. Y junto a este asunto privado de los problemas maritales, indagaremos en el drama público de una Gran Bretaña en declive: la llamada crisis del canal de Suez de finales de 1956. En un último intento de reafirmación desesperada de su autoridad colonial, paracaidistas británicos y franceses aterrizaron a lo largo del Canal a principios de noviembre de 1956 para recuperar la vía navegable que el presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser, se había atrevido a reclamar para su nación el mes de julio anterior. Pero este ejercicio de antaño en situación de fuerza mayor resultó ser tan falible como el brillo de la antes indiscutible monarquía británica. Bienvenidos a una nación —y a un matrimonio— en apuros...

«Nunca me había sentido tan sola —dice Isabel— como en los últimos cinco meses.»

«¿Y por qué crees que ha sido? —responde Philip—. (...) Porque me enviaste lejos.»⁵

En el prefacio examinamos la famosa escena del ciervo de Peter Morgan para la película *The Queen*, en la que se muestra a Isabel II hablando dolorosamente con un ciervo acorralado, un cuadro imaginario que captura una verdad fundamental. Ahora, casi al principio del primer episodio, encontramos la primera de las «escenas del ciervo» de la segunda temporada de *The Crown*, cuando la Reina va a introducir un regalo sorpresa para el viaje (una cámara) en la maleta de su esposo antes de que se marche a Australia, y descubre la fotografía enmarcada de la estrella del Ballet Bolshoi Galina Ulanova mirándola fijamente. ¿Qué se supone que debe pensar Isabel de esto?

La historia nos dice que Philip y Ulanova no pudieron haberse conocido nunca, porque la bailarina salió de la Unión Soviética en muy raras ocasiones, y las pocas veces que lo hizo fue para pasar breves estancias en destinos en los que Philip no estaba presente. En la década de 1950, la fama de Ulanova era comparable a la de la británica Margot Fonteyn, y la rusa causó sensación cuando finalmente llegó al Covent Garden con el Bolshoi en octubre de 1956.⁶ Pero Philip no estaba en Londres en aquel momento; estaba en la otra punta del mundo, encargándose de sus compromisos olímpicos y de la Commonwealth a bordo del *Britannia*.⁷

De modo que la fotografía enmarcada que aparece en esta escena nunca existió. Es un recurso dramático que tiene como objetivo confirmar la idea de que había sospechas generalizadas de las infidelidades del marido de la joven Reina en aquel momento, sin ofrecer pruebas concluyentes ni hacia un lado ni hacia el otro. ¿Cómo podría saberse? Ulanova representa en *The Crown* a las diversas mujeres con las que se relacionó al duque de Edimburgo, con rigor o sin él, en aquellos años; de forma destacada con la estrella griega de cabaret Hélène Cordet, a quien Philip conocía desde la infancia y con quien había vuelto a ponerse en contacto a mediados de la década de 1940, desatando rumores de romance cuando se convirtió en el padrino de su hijo.⁸

Como veremos en el capítulo siguiente, el joven Philip —tenía veintiséis años en noviembre de 1947 cuando se casó con la princesa Isabel, de veintiuno— podría haberse reunido con algunas mujeres subidas de tono en el club de caballeros Thursday Club, a cuyas comidas en el Soho

asistía,⁹ pero nunca ha existido ninguna evidencia sólida de infidelidad marital. El escándalo de febrero de 1957 contenía una dosis enorme de resaca poscoronación, y los periódicos aprovecharon las dificultades en el matrimonio del secretario particular del duque, Mike Parker, cuya separación de su mujer Eileen se hizo pública el 3 de febrero, mientras el yate real estaba en Portugal, lo que implicó la renuncia de Parker al día siguiente.¹⁰

Luego está la cuestión central sobre en qué medida la misma Reina compartía las sospechas generales: ¿había oído los rumores o les dio algún tipo de credibilidad? Seguimos a Isabel en este episodio mientras se dirige al Covent Garden y baja la vista de forma significativa desde el palco real hacia la danzante Ulanova, que le devuelve la mirada hacia arriba mientras suena la ovación final, pero, de nuevo, este trueque de miradas es solo una conjetura. Se sabe que la Reina asistió a la interpretación de Ulanova de *Giselle* en la Royal Opera House en octubre de 1956, cuando su esposo se encontraba en el Pacífico, pero no se registró ningún intercambio personal.¹¹ La secuencia imaginada tiene como objetivo reflejar la realidad de lo que mucha gente se había preguntado sobre el matrimonio real, mientras que la verdad en el drama permanece tan incierta como siempre ha sido en la vida real.

Mientras que *The Crown* representa a la Reina Madre como la persona que orquesta la gira mundial de Philip —destacando que tenía que «asentarse»—, en realidad fue mayoritariamente una decisión de la propia Isabel II conceder a su marido el honor de inaugurar los Juegos Olímpicos de Melbourne de 1956. Luego fue Philip quien sugirió que su aventura en Australasia podría ampliarse, y su mujer lo apoyó efusivamente. A Isabel le encantaba la idea de que su marido, gran amante del mar, se divirtiese dirigiendo el todavía nuevo yate real *Britannia* (en servicio de 1954 a 1997) en su primer viaje por todo el mundo.

Mike Parker —el teniente comandante de la Real Orden Victoriana y la Orden de Australia (1920–2001)— era un viejo amigo de Philip. Su amistad se había iniciado durante el servicio naval de ambos en la guerra, de modo que la prensa británica explotó la ruptura del matrimonio Parker como pretexto para cuestionar el estado del matrimonio real.

En octubre de 1956, el foco de atención puesto en Isabel II —sola en casa, con su marido en la otra punta del mundo— se trasladó a Egipto y a Israel, y a los intentos de Londres de mantener su antiguo control imperial



1956. Galina Ulanova bailando con el Ballet Bolshoi.

del canal de Suez. «Un sórdido episodio termina en una retirada deplorable (...)», se lamentaba el *Daily Herald* aquellas semanas, condenando los desgraciados infortunios de Gran Bretaña en Oriente Medio, que iban a provocar la caída de un primer ministro y algo muy cercano a una crisis nerviosa nacional. «Nuestra autoridad moral en el mundo ha quedado destruida (...)»¹²

Una de las maravillas del mundo premoderno, el canal de Suez, se inauguró en 1869. Fue un hito visionario de la ingeniería que enlazaba el Mediterráneo con el mar Rojo, eliminando el largo y peligroso trayecto que rodeaba el cabo de Buena Esperanza (en Sudáfrica) y acortando unos 6.500 kilómetros los vínculos de Gran Bretaña con sus preciadas posesiones indias. La inspiración y ejecución del proyecto surgió del emprendedor francés Ferdinand de Lesseps, pero Gran Bretaña enseguida se aprovechó de la empresa. En 1875 el primer ministro Benjamin Disraeli acaparó el 44 por ciento de las acciones de la Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez para convertir al Gobierno británico en el mayor accionista del proyecto.

En 1882 el canal de Suez pasó a formar parte del Imperio británico de forma efectiva, cuando las tropas inglesas ocuparon Alejandría, haciendo de Egipto una posesión británica durante una etapa de setenta años. Después, el descubrimiento de petróleo en Oriente Medio en el siglo xx hizo de Suez una joya de la corona. A principios de la década de 1950 más de la mitad de los suministros de petróleo en Europa viajaban a través de la vía fluvial y su circundante Zona Económica del Canal de Suez, una franja de más de 190 kilómetros con cerca de 40.000 soldados británicos acuartelados, muchos de ellos formados por jóvenes que aún estaban prestando el servicio militar obligatorio.

Los pilotos que guiaban los petroleros cargados y los buques de carga arriba y abajo del canal formaban un cuadro de élite de marineros franceses y británicos, y el rol de la población local era mínimo. De forma nada sorprendente, el dominio anglo-francés del canal de Suez supuso el agravio de las reclamaciones del movimiento nacionalista egipcio, encabezado desde 1954 por la carismática figura del general Gamal Abdel Nasser. Hijo de un empleado de correos, Nasser llegó a liderar el Movimiento de Oficiales Libres que derrocó al rey egipcio Faruq en 1952, y se convirtió en una elocuente inspiración para los anticolonialistas de todo el mundo árabe; para todos ellos la ocupación británica de la Zona Económica del Canal de Suez era objeto de queja fundamental.

La generación de políticos británicos de posguerra se encogió de hombros. «Diles que si siguen mostrando tal descaro —gruñó Winston Churchill a su ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, en 1954—, les echaremos encima a los judíos y los llevaremos hasta la zanja de donde no debían haber salido nunca.»¹³

Churchill se refería al recientemente formado Estado de Israel, que había forjado su existencia ocho años antes a partir del antiguo Mandato Británico de Palestina en una guerra sangrienta que se enfrentó contra las fuerzas árabes enviadas en masa por todo Oriente Medio, luchando contra ellas hasta el alto el fuego de 1947. Gran Bretaña vio en Israel un aliado natural contra Nasser y las fuerzas del nacionalismo árabe que se atrevían a amenazar la hegemonía británica en Oriente Medio, y el país se convirtió en una piedra angular de la política de Anthony Eden cuando se mudó al número 10 de Downing Street como sucesor de Churchill en la primavera de 1955.

En términos dramáticos, *The Crown* habita las dos esferas principales de poder y prestigio de Gran Bretaña: el Palacio de Buckingham y el número 10 de Downing Street. El título de la serie y su narrativa en continuo funcionamiento se centran, obviamente, en la Reina, pero cada temporada se estructura para retratar a un nuevo grupo de figuras políticas. La monarquía proporciona continuidad, mientras que la democracia genera cambio (bueno, esta es la teoría). Así que, mientras que la primera temporada cubría los años de Winston Churchill a principios de la década de 1950, la segunda lleva la historia hacia los sucesores de Churchill, empezando por Anthony Eden, cuya desgracia fue soportar una carga demasiado pesada por su relación con el gran hombre.

Como uno de los secretarios de Asuntos Exteriores más jóvenes de Gran Bretaña —solo tenía treinta y ocho años cuando en 1935 alcanzó el puesto—, Eden había sido el acólito de Churchill en la difícil etapa de apaciguamiento a finales de la década de 1930, cuando se mostró dispuesto a sacrificar su carrera política al renunciar a su oposición al acuerdo de Neville Chamberlain con Mussolini en 1938, un preludio a los tristemente célebres Acuerdos de Múnich, que se produjeron más adelante, aquel mismo año. Eden fue posteriormente recompensado con el título de secretario de Estado de Guerra de Churchill, y posteriormente secretario de Asuntos Exteriores y líder de la Cámara de los Comunes en los años de la Segunda Guerra Mundial, compartiendo la gloria de Churchill y actuando como su heredero evidente, mientras el anciano seguía esforzándose en trabajar a sus setenta y muchos años; finalmente renunció de mala gana en abril de 1955 a la edad de ochenta años.

Ningún primer ministro de la época moderna ha llegado a Downing Street con un currículum tan impresionante como el de Anthony Eden.

Convocó elecciones generales de inmediato, que incrementaron por un amplio margen la mayoría conservadora en sesenta escaños, y disfrutó de valoraciones de más del 70 por ciento en las nuevas encuestas de opinión de Gallup que justo empezaban a establecerse en Gran Bretaña; Eden parecía estar hecho para la gloria. Todavía relativamente joven, con cincuenta y siete años conservaba el aura del joven activista contra el apaciguamiento, y su faceta de ídolo parecía realzarse con un bigote canoso y el pelo engominado.

Pero quienes conocían a Eden personalmente no estaban tan seguros. «No creo que Anthony pueda hacerlo», confesaba Churchill a cualquier persona que le pedía su opinión.¹⁴ Muy encorvado y sin amigos cercanos, el nuevo primer ministro era «un hombre excepcionalmente tenso, solitario y tímido», en palabras de su biógrafo oficial, David Thorpe.¹⁵ Richard Austen Butler, el felino colega de Eden y ministro de Hacienda, que había sido el único rival posible de Eden para llegar a Downing Street, lo dijo de forma menos amable, describiendo a su nuevo jefe como «parte baronet —un título de la nobleza británica— enfadado, parte mujer bonita».¹⁶

La tendencia solitaria y nerviosa de Eden había sido sabotada en abril de 1953 por una desgracia médica, cuando el bisturí de un cirujano que le extrajo los cálculos biliares resbaló e hizo una incisión en su vía biliar. El accidente casi lo mata, y lo dejó con propensión a las migrañas, fallo hepático, ictericia y una serie de infecciones abdominales que requirieron más cirugías. Para que el paciente siguiese soportando aquella carrera de obstáculos médica, los doctores le recetaron bencedrina (anfetamina), la droga maravilla del momento. Sin embargo, esta solo incrementó la inquietud del primer ministro, así como sus noches de insomnio. Según el fotógrafo Cecil Beaton, Eden se quejaba, extrañamente, del ruido que hacían los modernos *scooters* italianos de ruedas pequeñas que empezaban a aparecer en las calles de Londres; decía que no lo dejaban dormir en Downing Street.¹⁷

Inquietud, insomnio y cambios de humor; ahora sabemos cuáles son las peligrosas consecuencias habituales de consumir bencedrina, pero en la década de 1950 los médicos recetaban anfetaminas esporádicamente como estimulantes inofensivos, y sus efectos secundarios acosaban con dureza al primer ministro británico en el verano de 1956, cuando el general egipcio Nasser envió a las tropas egipcias para que ocupasen la Zona Económica del Canal de Suez.

Nasser eligió el 26 de julio de 1956, el aniversario del final de la monarquía egipcia, para hacer su jugada, que anunció en clave en un discurso que inició con unas reflexiones sobre la Historia aparentemente aleatorias: «Volví atrás en mis recuerdos hasta lo que solía leer sobre el año 1854 —declaró a la multitud que se congregaba en El Cairo—. Aquel año Ferdinand de Lesseps llegó a Egipto».¹⁸

«De Lesseps» era la palabra clave —la señal para que los generales de Nasser que estaban escuchando la retransmisión ordenasen a sus tropas que pasaran a la acción— y el líder egipcio repitió el nombre del francés catorce veces más durante su discurso, por si acaso sus oficiales habían pasado por alto la alerta. No lo hicieron. Tomadas por sorpresa, las tropas británicas no tuvieron más remedio que entregar la Zona Económica del Canal de Suez a manos egipcias.

«Hitler del Nilo»¹⁹ y «Führer Nasser»²⁰ son ejemplos de los titulares de los periódicos del día siguiente, y Anthony Eden, desde luego, estableció la misma conexión. «¡Acción militar!», lo vemos anunciar enérgicamente en el primer capítulo de la segunda temporada, en su propia tentativa de resolución a lo Churchill. «¡Solo hay una forma probada de tratar a los fascistas!»²¹

Eden había coincidido con Nasser en su época de secretario de Asuntos Exteriores y había resoplado ante él con un desdén que Nasser detectó perfectamente y que fue recíproco. El primer ministro echaba la vista atrás hacia sus días de gloria a finales de la década de 1930: «Acerté con Mussolini. También con Hitler. Y estoy en lo cierto con este tío...».²² Pero el problema con que Gran Bretaña, o Gran Bretaña y Francia, tomaran represalias directamente contra Egipto, era que las Naciones Unidas habían empezado a desempeñar un papel en la situación del canal de Suez. Un buen número de naciones —en particular la Unión Soviética, que había mandado pilotos rusos para favorecer que el tráfico del canal continuase— empatizaban con la postura anticolonialista de Nasser.

«No puede haber ninguna acción militar —argumenta Anthony Nutting, el joven ministro de Estado a quien Peter Morgan muestra como la voz del escepticismo en el gabinete de Eden— sin el apoyo de las Naciones Unidas; un apoyo que no tenemos. No podemos ir a la guerra solos.»²³

Eden, de hecho, ya lo había tenido en cuenta, y su solución al dilema fue uno de los engaños más descarados en la historia británica moderna. El

22 de octubre de 1956 representantes británicos y franceses se reunieron en secreto con David Ben-Gurión, el primer ministro israelí, su ministro de Defensa, Shimon Peres, y el Jefe del Estado Mayor, Moshe Dayan, en una villa en Sèvres, a las afueras de París. Eden había adoptado el consejo de Churchill de reclutar a «los judíos», aunque no de forma evidente ni reconocida. En las siguientes cuarenta y ocho horas, las tres naciones ingenieron un plan por medio del cual las fuerzas israelíes invadirían Egipto para tomar el control del canal de Suez, permitiendo de este modo que Gran Bretaña y Francia, ambas aparentemente tomadas por sorpresa, quedasen como auténticas potencias negociadoras y pacificadoras —«¡Conmoción! ¡Terror!»— e interviniesen para separar a los combatientes.

«A primera hora de la mañana —oímos a Anthony Eden explicar en términos de aparente sorpresa y alarma a Isabel II a finales de octubre— el ejército israelí ha lanzado un ataque en territorio egipcio (...). El ejército egipcio ha movilizadado a sus fuerzas para tomar represalias, y (...) el Gobierno de Su Majestad ha fijado un plazo para que tanto Israel como Egipto pongan fin a las acciones bélicas y permitan la entrada de las fuerzas británicas y francesas en el país.»²⁴ Seis días después, el 5 de noviembre de 1956, Gran Bretaña y Francia enviaron paracaidistas a lo largo de todo el canal de Suez y recobraron de este modo la posesión de la vía navegable, lo cual no sirvió de nada, puesto que los egipcios hundieron la mayor parte de las embarcaciones en el Canal antes de retirarse, dejando la ruta impracticable para la navegación durante los seis meses siguientes.

Esto sucedió casi veinte años antes de que lord Mountbatten revelase públicamente los detalles del complot anglo-francés-israelí en Sèvres, durante una entrevista en la década de 1970.²⁵ Pero el mismo Mountbatten, Jefe del Estado Mayor Naval en 1956, dijo que sospechó la conspiración en su momento. De ningún modo se hubiesen producido aterrizajes masivos de paracaidistas sin preparaciones previas que eran ampliamente conocidas en los círculos militares y de inteligencia. Durante todo el mes de agosto, tanques y coches blindados se introdujeron en camiones hacia Southampton y se embarcaron en navíos con destino a Oriente Medio. De modo que *The Crown* utiliza esta previsión militar para crear una confrontación fascinante entre la Reina y Anthony Eden.

«Cuando mencionó que los israelíes habían lanzado un ataque —dice la Reina, mirando inquisitivamente a su primer ministro en su audiencia de

principios de noviembre de 1956, y hablando con una agudeza que hace que Eden se reincorpore con una sacudida— no parecía sorprendido.»²⁶

Esta podría ser otra «escena del ciervo»; no conocemos los detalles. Aparte de la Reina y el primer ministro —junto con sus secretarios particulares, que habían preparado los resúmenes para la reunión—, nadie tiene ni la más remota idea de lo que sucede en las audiencias semanales entre la Jefa de Estado británica, teóricamente ceremonial, y el Jefe de Gobierno electo. Las reuniones normalmente tienen lugar en el Palacio de Buckingham una tarde entre semana cuando hay sesión en el Parlamento, y se retrasaron de las seis a las seis y media, al principio del reinado, para que Isabel pudiese disfrutar del momento del baño de sus hijos, Carlos y Ana.

La audiencia con el primer ministro supuestamente debe cubrir las políticas y las prioridades del Gobierno en ese momento, tanto en el país como en el extranjero, junto con detalles de cambios de personal del gabinete; quién ha entrado y quién ha perdido el favor. Según algunos primeros ministros indiscretos, la Reina disfruta enormemente escuchando cotilleos de Westminster y le interesan especialmente los asuntos de los que se siente responsable personalmente, como el bienestar de las fuerzas armadas, por ejemplo.

Pero todas estas filtraciones proceden del lado político. Si Isabel II ha hablado alguna vez de estas conversaciones durante las audiencias con sus secretarios particulares, estos han mantenido la confidencialidad de la información. Esto da carta blanca a un guionista para imaginar lo que la monarca y el primer ministro pueden haberse dicho en la reunión, y abordando el punto álgido de la crisis del canal de Suez de 1956, el creador de la serie, Peter Morgan, va al núcleo de la cuestión: «¿Hemos conspirado con Israel? ¿De algún modo?», pregunta Isabel a Eden.

Y entonces la historia sale a la luz. Eden confiesa a su monarca los detalles de la conspiración de Sèvres y la consiguiente invasión británica de Egipto, mientras se oye una música de fondo.

«Hace seis días —admite Eden avergonzado— nuestro Gobierno se reunió con representantes de los Gobiernos de Francia e Israel en un pequeño pueblo a las afueras de París, donde se firmó un documento. El protocolo de Sèvres (...)»²⁷

Este episodio inaugural de la temporada 2 de *The Crown* sugiere que la astuta y todavía joven monarca constitucional británica, que había cumpli-

do los treinta el 21 de abril de ese año, vio más allá de los embustes de su hipócrita primer ministro para hacerle confesar la verdad sobre el engaño del canal de Suez. Medio siglo más tarde, todavía no existen evidencias para estar seguros. Sabemos que Isabel II tuvo acceso en agosto, septiembre y octubre de 1956 a los documentos de inteligencia que exponen los planes por anticipado de Gran Bretaña para aterrizajes de paracaidistas en la Zona Económica del Canal de Suez en alianza con los franceses; la invasión conjunta que, de hecho, sí ocurrió.

De modo que esto proporciona algún tipo de base histórica para la confrontación de la Reina con Eden en este episodio, que debe ser juzgada como una mezcla de invención y verdad. Y nunca deberíamos olvidar que incluso la invención —la imaginación perspicaz aplicada a una lectura cercana de los hechos— siempre puede constituir un reflejo válido de la verdad.